

—Escelente.

—Doy los seis luises.

Cinco minutos despues, mientras el parisiense llamado Peaurouge metia en una escotadura secreta que tenia su blusa debajo del sobaco los seis luises de oro que acababa de recibir, el comprador, metiéndose el revolver en el bolsillo del pantalon, salia con el armero de la callejuela de Coutanchez.

VIII.

CARAMBOLA DE LA BOLA ROJA Y DE LA BOLA NEGRA.

Al dia siguiente, que era jueves, á poca distancia de Saint-Malo, cerca de la punta del Decollé, en un punto en que la costa es alta y el mar profundo, pasó una escena trágica.

Una lengua de rocas en forma de lanza, que se une á la tierra por un istmo estrecho, se prolonga en el agua y termina de pronto en una gran rompiente cortada á pico; no hay nada mas frecuente en la arquitectura del mar.

Para llegar, viniendo de la playa, á la meseta de la roca cortada á pico, se sigue un plano inclinado cuya subida es algunas veces bastante áspera.

En una meseta de este género se hallaba en pie á las

cuatro de la tarde un hombre envuelto en un ancho capoton de ordenanza y probablemente con armas bajo el capoton, cosa fácil de reconocer por ciertos pliegues rectos y angulosos del capoton mismo.

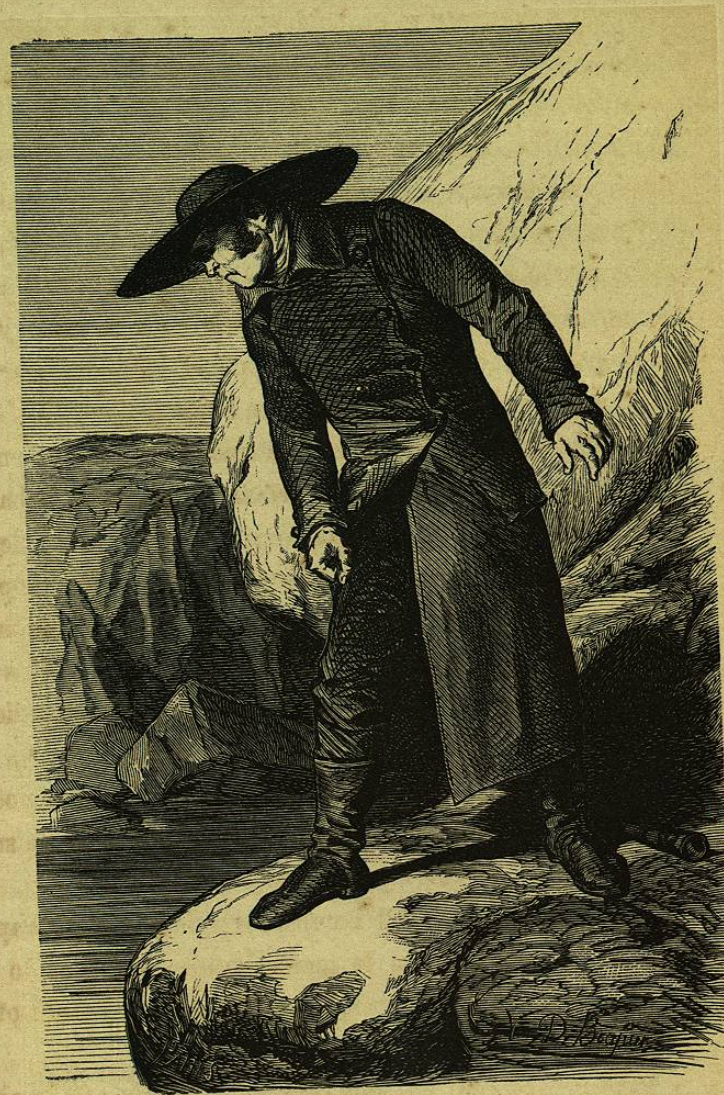
La cumbre en que se hallaba este hombre era una plataforma bastante espaciosa sembrada de gruesos cabos de roca parecidos á desmesurados morrillos de un empedrado gigantesco, y dejando entre sí estrechos desfiladeros. Aquella plataforma, en que crecía una menuda yerbecilla espesa y corta, terminaba por el lado del mar en un espacio libre que conducía á un barranco vertical.

Este barranco, que se elevaba unos sesenta pies encima del mar, parecía haberse cortado teniendo un albañil la plumada. Sin embargo, su ángulo izquierdo se deterioraba y ofrecía una de esas escaleras naturales propias de los acantilados de granito, cuyos peldaños poco cómodos exigen algunas veces zancadas de gigante ó saltos de volatinero. Aquella escalera de rocas bajaba perpendicularmente hasta el mar y en él se hundía.

Era casi un precipicio. Sin embargo, por allí se podía verificar un embarco y desembarco bajo la pared misma del acantilado.

La brisa soplaba. El hombre, envuelto en su capa, firme en su puesto, con la mano izquierda sirviendo de apoyo al codo derecho, cerraba un ojo y aplicaba al otro un anteojo de larga vista.

Parecía absorto en una atención grave. Se había aproximado al borde del acantilado, y allí permanecía



RANTAINÉ.

inmóvil, con la mirada imperturbablemente fija en un punto del horizonte.

Habia subido la marea. El oleaje se estrellaba debajo de él en el acantilado.

Lo que aquel hombre observaba era un buque en alta mar que evolucionaba de una manera sospechosa.

Aquel buque, que hacia apenas una hora había salido del puerto de Saint-Malo, se había detenido detrás de los Banquetiers. Era una fragata. No había echado el ancla, tal vez porque el fondo no le hubiera permitido decaer del rumbo sobre el cable, y porque hubiera cerrado su ancla bajo el tajamar. Se limitaba á permanecer en facha (1).

El hombre, que era un guarda costas, como lo indicaba su capoton de uniforme, espiaba todas las maniobras de la fragata y parecía tomar mentalmente nota de ellas.

El buque se había puesto al paio barloventando, como lo indicaba el velacho que estaba cargado y la gabia que estaba desplegada; había entablado el palo de mesana y orientado el mastelero de juanete y vergas de periquito, de manera que unas á otras se contrariasen las velas, y de este modo podía arribar poco y derivar menos.

No se cuidaba de presentarse al viento, pues no había braceado el velacho sino perpendicularmente, con cuyo

(1) No definimos en notas las voces náuticas que tanto abundan en este libro, porque tendríamos al efecto que emplear un tecnicismo tan incomprendible para los que no han navegado mucho ni saludado la náutica, como la palabra misma definida. Los que se hallan en el caso de comprender la definición no la necesitan.

procedimiento, cayendo de un lado al otro, no derivaba mas que una media legua por hora.

Era aun de dia, sobre todo en alta mar y en la cumbre del acantilado. La parte baja de las costas se iba poniendo oscura.

El guarda costas, entregado todo entero al cumplimiento de su deber y espiondo concienzudamente el golfo, no habia pensado en escudriñar la roca debajo de él y á su lado. Tenia vuelta la espalda á la especie de escalera poco practicable que ponía en comunicacion la meseta del acantilado con el mar. No notaba que allí se movía alguna cosa.

En aquella escalera, detrás de una fragosidad, habia alguno, habia un hombre, oculto allí, segun todas las apariencias, antes de la llegada del guarda costas.

De cuando en cuando, en la sombra, salía una cabeza de debajo de la roca, miraba arriba, y acechaba al acechador.

Aquella cabeza, cubierta con un ancho sombrero americano, era la del cuákaro, la del hombre que diez dias antes hablaba en las piedras del Petit Bey con el capitán Zuela.

De repente pareció redoblarse la atencion del guarda costas. Limpió rápidamente con su bocamanga el cristal de su antejo, y lo encaró con energía á la fragata.

Acababa de desprenderse de ésta un punto negro.

El punto negro, parecido á una hormiga en el mar, era una embarcacion.

La embarcacion queria al parecer acercarse á tierra. La tripulaban algunos marineros que bogaban vigorosamente.

El bote oblicuaba poco á poco y se dirigía á la punta del Decollé.

El acecho del guarda costas habia llegado á su mayor grado de fijeza. No perdía un solo movimiento de la embarcacion. Se habia acercado aun mas al borde del acantilado.

En aquel momento un hombre de alta estatura, el cuákaro, salió por detrás al guarda costas en lo alto de la escalera. El acechador no le veía.

El cuákaro se detuvo un instante, con los brazos caidos y los puños cerrados, y, con la vista de un cazador que apunta, miró la espalda del guarda costas.

Le separaban del guarda costas solo cuatro pasos; adelantó un pie, y luego se detuvo: dió un segundo paso, y volvió á detenerse; no hacia mas movimiento que el de andar, todo el resto de su cuerpo era una estatua; su pie se apoyaba en la yerba sin ruido; dió el tercer paso y se detuvo de nuevo; tocaba casi al guarda costas que permanecía inmóvil con su antejo.

Levantó lentamente sus dos manos cerradas á la altura de sus clavículas, despues, bruscamente, sus antebrazos se desplomaron, y sus dos puños, como soltados por el fiador de una llave de fusil, hirieron los dos hombros del guarda costas.

El choque fue siniestro. El guarda costas no tuvo